

# La Sociología: Una introducción a la Sociología I

## 13. La sociología y los valores

<https://canal.uned.es/mmobj/index/id/50283/hash/0f304eddb4ad6007a3093fd6d963a1d2>

**Presentador.** Cuando un astrónomo estudia los astros, cuando un científico observa un fenómeno físico o químico, no experimenta sentimientos de simpatía o antipatía, no es partidario o contrario a determinada reacción química o a cierto curso de los astros.

Cuando un sociólogo analiza un problema social es muy difícil que deje completamente a parte sus sentimientos, sus simpatías y sus valores. Si estudia graves situaciones de pobreza, lo más verosímil es que sienta compasión y solidaridad humana ante las carencias de niños, de familias enteras. Si investiga un conflicto social tras el que se manifiestan diferentes intereses, en algún momento se verá a sí mismo simpatizando con uno u otro grupo social enfrentado.

¿Cómo se puede compatibilizar la existencia de valores, simpatías y prejuicios con las exigencias de una investigación científica objetiva e imparcial? El problema no tiene fácil solución. Por eso, el debate sobre la sociología y los valores ha animado una de las discusiones más vivas entre los sociólogos desde los mismos orígenes de esta disciplina.

Los padres fundadores de la sociología tenían una visión bastante finalista de esta ciencia. Pensaban que la sociología debía contribuir a la reconstrucción del orden social. Lógicamente, esta reconstrucción tenía que estar guiada por algunos criterios y valores. El debate dio lugar a que las posturas de los sociólogos se acabaran decantando en dos posiciones bien diferenciadas. Por una parte, estaban los que creían que se debía tomar partido, que no era posible la neutralidad ante los fenómenos sociales. El problema era que, procediendo de esta manera, resultaba difícil distinguir la sociología, como ciencia, de una tarea más propiamente ideológica o postuladora de teorías sociales o políticas concretas. Una segunda postura era la que sostenía la necesidad de un grado de imparcialidad y objetividad similar a la que se practicaba en otras ciencias. El eminente sociólogo alemán Max Weber terció en esta polémica en 1913 con su famoso alegato a favor de la neutralidad valorativa en las ciencias sociales. Ejerció una influencia posterior muy grande en varias generaciones de sociólogos. El alegato de Max Weber fue presentado en una reunión de científicos sociales en la que se discutía si los profesores debían hacer profesión en la enseñanza de sus propias valoraciones prácticas. La tesis que sostenía Weber era que había que distinguir entre aquellas observaciones que correspondían a hechos empíricamente observados de aquellas valoraciones prácticas que los científicos profesaban, de acuerdo a su ética, sus ideales o su concepción del mundo. En definitiva, de lo que se trataba era de diferenciar el ámbito de lo que es, de la esfera de lo que *debe ser*. Durante algunos años, este enfoque

suscitó cierto consenso entre los círculos más importantes de sociólogos.

Sin embargo, después de la II Guerra Mundial, se tambalearon muchas de las certezas sobre la necesaria neutralidad valorativa en las ciencias sociales. El clima de incertidumbre subsiguiente quedó claramente reflejado en las palabras del sociólogo norteamericano Alvin Gouldner: “Antes de Hiroshima, también los físicos hablaban de una ciencia libre de valores, también ellos prometían no formular juicios de valor. En la actualidad, muchos de ellos ya no se sienten tan seguros. Si hoy nos preocupamos exclusivamente por la habilidad técnica de nuestros estudiantes y rechazamos toda responsabilidad por un sentido moral o su falta de él, quizás algún día nos veamos obligados a cargar con la responsabilidad de haber educado a una generación dispuesta a servir en un futuro Auschwitz”.

A partir de reflexiones como las de Gouldner, en las últimas décadas ha surgido una nueva posición, a medio camino entre la que sostenían aquellos que postulaban una sociología partidaria y los que defienden la neutralidad valorativa. Se trata de una postura que intenta conjugar la necesidad de la objetividad científica con el compromiso metateórico y práctico de los sociólogos. Frente a la idea de una sociología partidaria y una sociología neutral o nihilista se ha acabado imponiendo la idea de una sociología comprometida: objetiva y rigurosa a la vez.

El sociólogo, sean cuales sean sus ideas, tiene que atenerse a los hechos y contemplar la realidad social de una manera amplia, sin anteojeras que limiten su campo, sin dejarse llevar por prejuicios que le puedan conducir a falsificar las realidades observadas, engañándose a sí mismo y a los demás. Para ello, el sociólogo tiene que ser, ante todo, honesto y no ocultar ni esconder sus ideas o preferencias, pero cuidando especialmente que no distorsionen el proceso investigador. El sociólogo, como buen científico, debe practicar la moral de la objetividad, pero su responsabilidad no se puede acabar con una presentación neutra y no comprometida de los hechos estudiados, por eso se habla del compromiso de la sociología.

¿En qué consiste el compromiso de la sociología? Básicamente, este compromiso tiene dos dimensiones: una es de carácter metateórico y la otra es de carácter práctico. El compromiso metateórico de los sociólogos se relaciona con la necesidad de un contexto sociopolítico en el que resulte posible el ejercicio libre de su quehacer profesional.

Es necesaria la existencia de un régimen de libertades, de investigación, de pensamiento, de expresión y discusión. El compromiso práctico hace referencia a la proyección y sentido práctico de la labor de los sociólogos. El tipo de conocimiento que busca la sociología no es ocioso ni trivial. La sociología, como toda ciencia, no investiga por deporte, sino que persigue finalidades prácticas. La labor de los sociólogos tiene que ser útil para los hombres y para la sociedad.

Estos dos compromisos básicos de la sociología no agotan el contexto valorativo en que se mueven los sociólogos, hay otros componentes

del compromiso profesional que tienen que ver con la manera de entender los hechos sociales y con la forma de situarse en el devenir histórico social.

Todo esto forma parte de la responsabilidad de los sociólogos. Responsabilidad que no se agota tampoco en su práctica profesional sino que se extiende también a su condición de ciudadano.

Transcripción de Tomás Costal